

# Todos somos pasajeros de la nave seis mil

La danesa Olga Ravn cuestiona la noción de ser humano en una distopía donde las personas, reducidas a la ejecución de una única tarea, se preguntan si ya son solo máquinas

POR LAURA FERNÁNDEZ

**H**e aquí que el lector es un investigador. Alguien que trata de descubrir algo. Ese algo ha ocurrido, o está ocurriendo, quizá ocurra eternamente, en la nave seis mil. La nave seis mil es una nave repleta de empleados. Algunos son humanos, otros no. Los que no son humanos, lo parecen. Hasta creen tener recuerdos. Los humanos echan de menos cada minuto que no están pasando en la Tierra. Pero ¿de veras creyeron que la cosa podía llegar a ser tan horrible? Al menos una de ellas estaba embarazada. Pero dos meses antes de partir dejó de estarlo. Cada día se pregunta cómo habría sido su vida si no hubiera dejado de estar embarazada. No estaría en el espacio. No orbitaría alrededor de un planeta llamado simplemente Reciente Descubrimiento. Pero ¿lo está, en realidad?

La segunda novela de la poeta Olga Ravn (Copenhague, 36 años) es una pequeña y contundente *rara avis* de, literalmente, otro planeta, un fantástico oscurísimo, algo parecido a una kubrickiana distopía laboral en la que el punto de vista toma el mando y se convierte, de alguna forma, en la trama. ¿Cómo? Manteniendo a ciegas al lector, que se ve obligado a dar forma a lo que sea que esté ocurriendo a partir de lo que escucha, porque la trama la impulsan únicamente los *inputs* de voces que tratan de describir a la vez cómo se sienten y qué creen que ha pasado, o está pasando, o pasa, todo el tiempo, en dicha nave, la nave seis mil. Esas



La autora Olga Ravn, retratada en 2020. LAERKE POSSELT

voces tienen, en el papel, la forma de testimonios numerados —aleatorios, no consecuentes—, y poderosamente fríos, casi quirúrgicos.

A medio camino entre *¿Sueñan los andróides con ovejas eléctricas?*, de Philip K. Dick, y *Severance*, la serie de Dan Erickson, y a la vez un asfixiante capítulo de *Black Mirror* en el que el futuro, como en *Matrix*, ha empequeñecido hasta el punto de consistir en poco más que tener una tarea, *Los empleados* es un críptico reflejo de un mundo, el contemporáneo, en el que los límites entre aquello que somos y aquello que hacemos han desaparecido. ¿Y qué ha provocado eso? Que la alienación haya ampliado su campo de batalla. En la Era de la Omniproductividad, el humano vivirá alienado o no vivirá, parece decir el microcosmos de Ravn, que no casualmente está poblado por humanos que ni siquiera saben si son

humanos, ¿son suyos sus recuerdos?

Philip K. Dick erigía un monumento literario a la empatía, y a aquello que se tiene por demasiado humano en un mundo que ha dejado de serlo, y el mensaje de *¿Sueñan los andróides con ovejas eléctricas?*, nunca lo suficientemente valorado como tal, quedó eclipsado por el opuesto que lanzó la adaptación de Ridley Scott, la famosísima *Blade Runner*. Mientras, Ravn se dedica, utilizando la misma doble posibilidad —ser o no ser humano, o, mejor, serlo o haber sido creado para parecerlo—, a desmontar la propia idea de la humanidad desde un futuro en el que ya de ella apenas quedan recuerdos, como ocurre en *Membrana* (Galaxia Gutenberg), de Jorge Carrión. La misteriosa tripulación de la nave seis mil es así un misterio para sí misma.

“Jamás he sido un empleado”, dice alguien conocido como Testimonio 031. “Fui creado para trabajar”, expone a continuación, y también: “Tampoco tuve nunca una infancia. Pero he intentado imaginarme una”. El vacío de la no conciencia impuesta por la tarea acaba con las diferencias entre aquellos que han sido creados para parecer lo que no son y aquellos que están dejando de ser lo que fue-

ron, echándolo de menos todo, empezando por la idea misma del cielo. Ahí arriba, en la nave seis mil, hay agentes funerarios, sí, que se deshacen de los cadáveres de aquellos que tienen un final, pero también y sobre todo hay controladores de objetos, y amantes de esos objetos. Los objetos hablan. Sin hacerlo, en realidad. Porque están tan vivos como ellos.

Funciona, *Los empleados*, como una sátira salvaje en suspensión, cuyo impacto no es directo sino que va calando, encuentra la forma de llegar al rincón más oscuro de la mente del lector, o investigador, el que posee todas las piezas y aun así está ante un enigma irresoluble, el que plantea el Testimonio 046. “¿Sería verdaderamente tan terrible no pertenecer al género humano?”, se pregunta. “No sé si puedo seguir enorgulliciéndome de mi humanidad”, se responde. La novela artefacto de Ravn

lanza ideas, desde su extraña atalaya de voces, como se lanzan dardos contra una diana en perpetua reconstrucción: la de la idea de lo humano, idea, en estos tiempos, en busca de nuevo asidero, de un nuevo papel necesariamente no protagonista.

El nuevo humano, se diría también por el final de *Los empleados*, de la misma forma en que se lleva diciendo desde que la distopía literaria existe, debe sobre todo volver a sentirse minúsculo, y parte de un algo superior, y en algún sentido mágico. Ese planeta llamado Reciente Descubrimiento, por ejemplo, que podría ser el nuestro. ¿No nos maravilláramos ante cualquier cosa que creciese en él si lo fuese? ¿Por qué hemos dejado de hacerlo? ¿Quiénes somos? ¿Qué ha sido de nosotros? El viaje de los pasajeros de la nave seis mil no tiene otro final que el que tiene cualquier vida, pero en su determinismo hay esperanza, porque aquellos que aún no estamos ahí arriba todavía estamos a tiempo. ¿De qué? De cualquier cosa.

## Los empleados

Olga Ravn  
Traducción de Victoria Alonso  
Anagrama, 2023  
144 páginas. 17,90 euros

EL LIBRO DE LA SEMANA

